licones, ¿qué se dirá? Nada absolutamente. En sus versos nihilistas no se revela más que *la lucha por el consonante*; no son creyentes, no son escépticos, no aman la tradición, no la desprecian, no la embellecen, no la satirizan, no buscan nada, nada encuentran, viven en el limbo; por ellos no sabrá nadie lo que la juventud sentía en España en el último cuarto del siglo XIX, cuando se nos moría el cuerpo, robusto un día, de la fe, y nacía débil, sietemesino, callado como un muerto, cidículo por la forma, el pensamiento libre, sin oir en sus sueños reparadores de la infancia el arrullo de las ranciones de un poeta. ¡Poeta del libre pensamiento! Tal vez hay uno; pero ese habla en el Congreso y le mide las estrofas el conde de Toreno ¡oh dioses inmortales! con una campanilla.

CUESTIÓN DE PALABRAS

—

AD QUINTILIUM LIBERALIS

Á QUINTILIUS EL DE «EL LIBERAL»

I

Muy señor ó *dómine* (1) mío: Sin insultarle á usted, ni nada de eso, y deseando que tampoco me insulte usted á mí, si por acaso me contestase, que no lo espero, voy á tomar en cuenta su primer artículo en pro de la Academia Española y contra Miguel Escalada. No supongo que usted me pregunte quién me da vela en este entierro, pues yo me la tomo, ni más ni menos que usted, con el perfecto derecho de todo español á quien le andan á vueltas con la lengua. En cuanto á lo de no insultarnos, lo digo porque sería una vergüenza que por unas malas preposiciones inseparables acabáramos riñendo, cuando ni siquiera nos conocemos, y viniéramos á parar en aquello de que yo no llego á la altura de su desprecio de usted, ni usted lle-

(1) *Domine*, vocativo de *dominus*, señor.

ga á la suela de los zapatos de mi altivo desdén, etc. Cada cual llega adonde puede, y es quien es; y desde ahora le advierto que si, por casualidad, le picara algo de lo que tengo que decirle, aunque no espero que le pique, no me importa que usted jure no conocerme, porque yo tampoco sé quién es usted; y pata. Ruégole, eso sí, que en ningún caso compare mis pobres libros con el *Quijote*, porque eso, puesto que sea chiste, ya lo ha gastado Juan Fernández. Por lo demás, no crea usted en el desprecio de los que andan hablando de él por los periódicos. A lo menos yo, cuando desprecio de veras á una persona, ó lo que sea, la desprecio como Dios manda, sin acordarme ni de despreciarla ni de pensar en ella (1).

No quiero hablar de usted apenas, porque el diablo las carga; y me voy derecho al bulto, ó sea al Diccionario de la Academia, del cual dirá usted, en el fondo del corazón: «ahí me las den todas.» Con esto consigo librarme del riesgo de molestarle á usted, y además tratar de un asunto que interesa al público más que saber si Escalada es ó no infalible y si Quintilius puede ó no equivocarse.

De modo que ni siquiera he de pararme á meditar si ha querido usted ó no hacer un epigrama al hablar de «el docto académico que *disfraza su amenísimo ingenio* con el seudónimo de Juan Manuel Fernández.»

(1) Dígalo un Sr. Bonafoux, que ha escrito contra mí un *terrible* folleto... que yo no he leído. Lo cual juro por mi honor.

A primera vista, parece así, como que ese académico, cuando usa el seudónimo Juan M. Fernández, se las compone de manera que disfraza el ingenio, esto es, que entonces no se conoce que tiene ingenio amenísimo. No; y, en rigor, eso es lo que usted dice, y puede que acierte. Tampoco me importa á mí averiguar si dice usted bien ó mal cuando escribe que hablará de los artículos de Escalada «cuando no tenga cosa de mayor importancia en que perder el tiempo.» Cualquiera pensaría que usted habitualmente se pasa la vida perdiendo el tiempo, sólo que en cosas de mayor importancia. No lo entiendo. Pero no importa. Vamos al Diccionario, y vamos pronto. Y para que no me tiente más el diablo, pongo aquí, si no la cruz, un número romano.

II

Dice usted, Quintilius, que el Diccionario hace perfectamente en conceder un lugar á las partículas llamadas inseparables, y que Escalada hace muy mal en criticar al Diccionario porque se lee en él: «*Ab*, del latín *ab*;» y en añadir de su cosecha: ¡Claro, como que es latín puro!» Según Quintilius (y dispénseme éste si unas veces hablo con él y otras con el público, á pesar de ser ésta una epístola que á Quintilius le dirijo ó enderezo), según Quintilius, *ab* es una palabra castellana, y de rechazarla por ser latín puro, como dice bien Es-

calada, habría que rechazar también estas otras: *anterior*, *citerior*, *exterior*, etc., etc., porque conservan su forma latina pura. El argumento no es muy poderoso, porque *interior*, *citerior*, etc., significan algo, y *ab*, así como está aquí, *ab*, sin más, en castellano no significa nada. De modo que el caso ya no es igual. Pero dejando esto, que no tiene vuelta, las partículas inseparables tomadas de otras lenguas para modificar el sentido de una palabra, ¿son palabras castellanas, aunque como preposiciones, ó lo que sean, separadas, no sean españolas también? Según Quintilius, sí, son palabras españolas, porque entran á modificar el simple (ó el compuesto, señor); v. gr.: *in-continenti*, *re-in-cidir*.

Yo creo, sin ofender á nadie, que aunque vengan á modificar el simple, no por eso son palabras españolas; serán cachos ó pedazos de palabras, que no es lo mismo. Según la teoría de Quintilius, el Diccionario debía incluir también las estirpes y aun las raíces, aunque sean tales que por sí solas no tengan hoy significación; y debía incluir las desinencias de las partes de la oración declinables, pues estas últimas también modifican el sentido, y las primeras, las estirpes, suministran á la palabra algo más importante que una modificación, lo más esencial de la palabra misma. Quintilius defiende mal su causa diciendo que esas partículas inseparables extrañas al idioma, son españolas: no lo son; pero sin serlo pueden figurar en el Diccionario, con fines técnicos, para reflejar en él, hasta donde sea posible, la historia etimológica. Y otra prueba de que esas partículas (que no todas son partículas acaso) inseparables y no españolas, no son *castellanas*, es que... algunas de ellas ni siquiera se pueden escribir tal como son, en español, v. gr., *præ* no se puede escribir como es; habría que decir *pre*, que no es lo mismo; υπο (hupo ó hipo) preposición griega, hay que escribirla con *h* en castellano, porque así se sustituye el espíritu áspero, y en cuanto á la úpsilón unos la leen como *u* española y otros como *i*. ¡Vaya unas palabras españolas que ni siquiera se pueden escribir como ellas piden! Pero como todo esto va contra la defensa de Quintilius, más bien que contra el Diccionario mismo, no insisto más.

Quiero dar por bueno, Sr. Quintilius, que el Diccionario hace bien en indicar esas partículas inseparables, y en tratar de ellas aparte. Dice usted que con esto sigue el ejemplo de los mejores Diccionarios. Buenos los he visto yo donde, lo que es partículas extranjeras, no se incluían, á no ser en apéndices dedicados á estudiar las llamadas raíces (mal llamadas) ó estirpes del idioma y su relación con las palabras derivadas y las compuestas. En estos tratados especiales, y también en las gramáticas (como usted dice bien, sólo que sin venir á cuento), es donde conviene encontrar tales partículas, siempre y cuando no se las tome por propias palabras españolas. Quedamos en eso; en que hace bien el Diccionario en indicarlas. Y ahora empieza Cristo á padecer. ¡Ah, Sr. Quintilius! ¡en mal hora se metió us-

ted á defender las partículas inseparables del Diccionario!

*

III

Si el Diccionario cree (pase ahora, y siempre, el tropo) que debe estudiar las preposiciones inseparables, tomadas de otras lenguas, y que entran en composición para formar vocablos castellanos, ¿por qué no incluye en sus columnas (las del Diccionario), todas las preposiciones que reunen estas condiciones, á saber: ser griegas ó latinas, inseparables en castellano, y de hecho parte de vocablos españoles? Sí, señor Quintilius; doy por bueno que hace bien en admitir esas partículas; pero entonces, ¿por qué no las admite? ¿Por qué acoge unas y desecha otras? Por pura arbitrariedad. Mejor, por puro descuido; porque el Diccionario no es, hasta ahora, un libro escrito con verdadera unidad de pensamiento; porque, como á mí propio me decía un ilustre académico, que sabe de veras griego y latín, el Diccionario es muy grande y no hay quien lo lea entero, sobre todo teniendo otras cosas que hacer. Este es el misterio. Se va á ver demostrado que la Academia, en esto de las partículas, ó, mejor, preposiciones inseparables de que se trata, no sigue más criterio que el de no seguir ninguno. Prueba al canto, como dice Quintilius.

Empieza la Academia por el segundo cañonazo, esto es, por *ab*.

Y dice: «Ab (del latín *ab*), prep. insep. que denota,» etc. (Ya volveremos á lo que denota.) Pues si con tanto aparato nos habla de *ab*, ¿por qué no habla antes de *a*, que también es *preposición inseparable y denota*, etc., etc.?) ¿Porque no está tomada del latín, sino del griego? No, por eso no; porque también incluye preposiciones inseparables tomadas del griego, v. gr., περί, y hace bien, porque sería una arbitrariedad, dado el sistema, no incluir las partículas griegas, que sirven para formar palabras castellanas tomadas directamente del griego.

El mismo derecho que περί y *ab*, tiene α. ¿Será porque con *ab* se componen muchas palabras españolas y con *a*, partícula griega privativa, se componen pocas? Tampoco debe de ser por esto; porque sería una barbaridad, hablando mal y pronto. Aparte de que *a*, como tal partícula griega y con tal sentido, entra en bastantes vocablos españoles, v. gr.: *acéfalo, acromático, afasia, afonía, afono, ateísmo, ateo*, etc., etc.; aparte de esto, sería absurdo aplicar aquí un criterio puramente cuantitativo, y sería renovar la cuestión ociosa del sofista: ¿cuántos granos de trigo se necesitan para hacer un montón de trigo? Pero no haya miedo; no es este criterio el del Diccionario, porque, absurdo y todo, sería un criterio, y el Diccionario no tiene, en tal materia, ni eso. En efecto, ya veremos cómo prescinde también de otras partículas inseparables que entran en composición para hacer muchas voces, v. gr., δια *(día)*

παρα (*para*) κατα (*cata*), etc., en griego, y *cis, juxta, infra, præter*, etc., en latín; y en cambio incluye *citra*, que no le sirve más que para una sola palaba compuesta, y *ob*, que no le sirve para muchas. En suma, en este punto no hay regla ninguna; ni el ser latinas las partículas, pues las admite griegas, ni el servir para muchos vocablos, pues prescinde de las que entran á componer muchísimos, y admite otras que sirven para pocos y hasta para uno solo. ¿No he dicho bien, señor Quintilius, al decir que el Diccionario, en este punto que á usted le parece tan interesante, no tiene más criterio, bueno ni malo, que el de no tener ninguno, que es pésimo?

Pero volvamos á nuestra *a*, que aún está el rabo por desollar. Al hablar de *a* como preposición castellana, dice en la última acepción: «También se usa como prefijo de vocablos compuestos. *Acoger, avenir.*» Por lo pronto, se ve que no se trata aquí de nuestra a (α), prep. insep. privativa; bueno, conste por si acaso. Pero además, al decir eso que dice nuestro Diccionario, ya que á veces da tanta importancia al origen de las palabras y sus elementos, ¿no podría añadir que esa *a prefija* suele ser *ad*, de que habla más adelante, suprimida la *d* por razones fonéticas? El mismo Diccionario, en multitud de vocablos en que *a* representa á *ad* en composición, tiene buen cuidado de advertirlo: ¿por qué no lo dice ahora, que es cuando mejor vendría? Aquí sí que hay sistema. El Diccionario tiene el sistema del

capricho; de las varias formas que pueda tener una preposición, no se presta atención más que á una en *a* (delante de consonantes y en composición) y *ad*, que son la misma cosa en composición; sólo atiende á *ad* y en *a* (delante de consonantes) y *ab*, que son la misma cosa, sólo atiende á *ab*. Se me dirá que en este sentido *a* (que no es griega, sino latina) no sirve para hacer vocablos castellanos en vez de *ab;* es cierto. Pero es el caso que *ab*, que según el Diccionario es inseparable, resulta á los pocos renglones separada, pues se dice: «Empléase *aislada* (este *aislada* es peor que el *sola* de Escalada, Sr. Quintilius) en locuciones latinas que tienen uso en nuestro idioma. *Ab æterno, ab initio.*» Corriente, ya estudiaremos después la gracia de estas locuciones latinas que *tiene uso en nuestro idioma*. Pero demos ahora por hecho que este disparate no lo es; admitamos que *ab æterno* y *ab initio*, sin dejar de ser latín, son castellano, especie de hipótesis gramatical muy divertida.

Pues siendo así, y resultando que *ab* inseparable puede separarse, el Diccionario debió indicar *a* (por *ab* delante de consonantes) pues si se dice *ab æterno, ab initio, ab ovo* (el Diccionario lo pone más adelante) tambien se dice y no menos á menudo, y aun más que *ab æterno* y, sobre todo, que *ab ovo* esto otro: *a nativitate, a priori, a posteriori*, etc., etc. Aquí *a* es lo mismo que *ab*, sólo que se suprime la *b* porque sigue consonante.

Resumen de todo lo anterior:

Que el Diccionario, ya que quiere hilar delgado en materia de preposiciones y partículas extranjeras, debió incluir antes de *ab*, todo esto:

A. (del griego *a*) part. insep. privativa. (Ésta sobre todo).

A. (del latín *a*, por *ad*, delante de consonante en composición) part. insep.

A. (del latín *a*, por *ab*, delante de consonante) part. que no se usa en composición, pero sí para hacer el milagro de hablar en latín y en español á la vez.

Todo esto exigía la lógica.

Y dejemos ya la *a*, pero no *ab* (porque esto nunca se acaba).

Ab dice el Diccionario que denota más comúnmente separación, como en *abjurar;* plenitud de acción, como en *absorber*... ¡Alto el carro! Si denota plenitud de acción en *absorber*, no cabe decir: «Tal objeto absorbió parte del agua que estaba en el vaso.» Si el objeto ese quiere cumplir como bueno, tiene que sorberse todo el líquido: vamos, que no cabe absorber un poco. Y si no significa eso plenitud de acción, ¿qué significa? El mismo Diccionario, después, donde define el verbo *absorber*, no habla de tal *plenitud de acción*... hasta que llega á la acepción *figurada* de la palabra «fig. consumir enteramente.»

¡Oh, señor Quintilius, no neguemos que *Tello* manda bastante en la Academia! Lo que hay aquí es, que el Diccionario no define el significado de las palabras

compuestas por la modificación que en ellas causa el significado de la partícula, sino el de la partícula por el que el uso ha dado al compuesto. Y para este viaje no necesitábamos alforjas.

Pero aún no se ha concluído la materia que suministra éste *ab*, á quien yo me atreveré á llamar *voquible*.

¿Conque *ab æterno* y *ab initio* son locuciones latinas que tienen uso en nuestro idioma? Pues de aquí se saca que, en adelante, el que no sepa latín no puede hablar en castellano. Ya lo saben la mayor parte de los españoles; ellos que no saben hablar ni leer siquiera latín, no saben hablar su propia lengua. *Prueba al canto*. El que no sepa leer latín, si se encuentra con *ab æterno*, no sabe leerlo; y si encuentra *ab a-eterno*, lee: *a-e ter no*, que es una barbaridad. El que, en el mismo caso encuentra *ab initio*, no lee *ab inicio*, que es como se debe leer; sino ab initio, con *t*, como suena en español. Además de no saber decirlo, no sabe lo que significa el mísero español de mi cuento. ¡Qué! ¿Tan fácil es saber qué significa *abinitio*? Pues ahí está el amenísimo y disfrazado ingenio de Juan Fernández que no lo sabe; pues dice *desde ab initio*, que es como decir *desde el principio*. Y dicen que es académico.

¡Conque ya ve la Academia si ofrece peligros eso de que el latín *se use en castellano*. Otro reparo: como los latines no han de hacerse españoles por ser más ó menos largos, sino por ser vulgares, conocidísimos, por

usarse en nuestro idioma, también serán frases españolas todas esas que andan en poder de los *Pedro Sánchez* de café y de los críticos baratos, v. gr.: *Quos Deus vult perdere*, etc., *pauperum tabernas*, etc., *homo sum*, etc., *homo homini lupus*, *Cum subit illius tristissima inoctis imago*, y media epístola *Ad Pissones*.

Por este camino se vuelve á la unidad del lenguaje, en mal hora perdida en la torre de Babel. La Academia ha inventado su volapuck especial. Pero, así como antes de la torre babilónica todos hablaban lo mismo y se entendían, este nuevo lenguaje universal va á tener la ventaja de que lo hablen todos y ninguno lo entienda.

Y basta por hoy, y aun dudo que no sóbre: señor Quintilius, estoy empezando, como quien dice.

Falta casi todo, y eso que no pienso hablar más que del tema por usted propuesto: las preposiciones inseparables, no castellanas, según las usa, ó no las usa, la Academia.

Falta lo mejor, lo óptimo. Faltan sapos y culebras. Así como usted se propone, Sr. Quintilius, zurrarle la badana, figuradamente, á mi querido amigo Miguel Escalada (que crea usted que es duro), yo pienso servirle á usted de antífona, pero refiriéndome nada más que á las preposiciones de que hemos hablado. Yo también necesito mi tiempo, no para perderlo en otras cosas, sino para ganarme el pan de cada día. Crea usted que en el fondo de mi alma desprecio las preposiciones,

inseparables ó no; pero ya que ustedes les dan tanta importancia, sea. *Si vales bene est, ego valeo.*

CARTA SEGUNDA

I

Muy señor mío: Con los mejores modos y huyendo en cuanto pueda de digresiones, voy á continuar examinando las partículas inseparables tomadas del latín ó del griego (así dice la Academia), que el Diccionario oficial incluye, y también algunas de las que excluye. Pero quiero proceder con método, hasta cierto punto; es decir, hasta que me canse. Yo soy *uno solo*, Clarín, y puedo ser metódico. La Academia no puede tener método en su Diccionario, porque éste no es obra de uno solo, ni de *varios*, sino de todos los académicos. «¡Vaya una razón de pie de banco, dirá usted! ¿Conque un *sabio* solo (llamémonos así todos), y aun varios, pueden ser metódicos, pero todos los sabios de una docta corporación reunidos no pueden tener método? ¡Qué atrocidad!» No se precipite usted, Sr. Quintilius, que no soy yo quien opina así; es la Academia quien dice en el prólogo de la última edición del Diccionario (pág. IV) lo que sigue: «Compuesta (la obra), no por un académico solo, *ni por varios*, sino por toda la Corporacion, de temer es que aún adolezca de faltas de método, casi

inevitables en labor de muchas personas *con igual señorío.*

¿Ve usted? Pues... ¡buena burra hemos comprado! como se dice vulgarmente. ¿Conque los académicos (los que llevan la palabra) se disculpan, como los gallegos del cuento, con que iban solos? No, al revés; hacen alarde de ser muchos para disculparse de hacerlo mal.

Si entre muchos *con igual señorío* no pueden tener método, y en materia de Diccionario el método es indispensable—¡quién lo duda!—resulta que se estorban los académicos unos á otros, que aquello es una anarquía, y... que sobra la Academia.

No soy yo quien saca la consecuencia; es una consecuencia que se saca ella sola. Además, lo del *mismo señorío* parece una pulla, y la creo muy oportuna. Es lo que yo digo. ¿Cómo han de ser tan padres de la lengua Catalina, y el marqués de Pidal, Barrantes y Arnao, como Castelar y Tamayo, Marcelino Menéndez y Juan Valera, v. gr.?—Ya que la Academia tiene que ser tal como es, debía haber desigualdad de señorío, dos clases de académicos (ó Académicos) á saber: internos y externos; internos los buenos, los capaces de conservar el idioma, y externos los malos; éstos con la obligación única de no parecer por allí en su vida. Y si querían cobrar dietas, que las trabajaran, sí, señor, que las trabajaran en calidad de escribientes temporeros en las oficinas del Estado. ¡Se podían hacer tantas cosas útiles con los académicos inútiles!—Por lo demás, lo que yo

voy á probar, después de todo, es lo mismo que prueba la Academia con las palabras copiadas: que allí nadie se entiende, que todos se meten á conservar el idioma como si fueran peras de invierno... y... ¡es claro! todos tienen los mismos derechos, y pragmáticas que la cortesía obliga á respetar... ¿Quién se atreve, por ejemplo, á enmendarle el vocablo á Cánovas, ni siquiera á Cheste? Me figuro yo el siguiente diálogo (y usted dispense, Sr. Quintilius; pero, aunque parece que no, vamos entrando en materia. Y sobre todo, el público no sólo vive de preposiciones inseparables).

Dice Cánovas:

—Ceñore, propongo que la palabra perigeo cinifique en aelante: al *reedor é Cánovaz.*

Protestas tímidas en algunos sillones (vacíos).

Cheste.—Señores: Eso me parece un rasgo de genio, pero es un disparate, siquiera sea un disparate ilustre.

Cánovas.—Puez oiga ozté; y lo que dice el Diccionario al apuntar la etimología de perigeo, ¿no ez un dizparate también?

Coro de Catalinas.—Sí, señor; pero es un disparate etimológico.

Cánovas.—Lo que yo digo, ceñore, ez que lo mizmo cinifica perigeo alrededor de la tierra que alrededor de Cánovaz, y diciéndolo de ezta manera, el azurdo cervía para darme luztre á mí, y por carambola á laz inztitucione.

II

Pero déjome de diálogos, y voy á ser metódico, no se me vaya á tomar á mí por una corporación. *Diálogo... perigeo.* Apunte usted estas dos palabras para luego, que han de venir á colación cuando el método lo exija.

Las preposiciones griegas que en español se convierten en inseparables cuando se aprovechan para componer palabras nuestras, son muchas y de varias clases; el Diccionario incluye algunas, tratando de ellas en artículo aparte, y olvida otras, las más, como dije antes, sin criterio alguno en tal selección. Al probar esto con hechos, tengo que seguir un orden. ¿Cuál? Para que no diga Quintilius que *no cito* con muertos, voy á remontarme al *primer libro que se imprimió en griego*; fué en Milán, allá por los años de 1476. Se trata de la Gramática de Constantino Lascaris, gramático que después de la toma de Constantinopla pasó á Italia y enseñó griego á la hija del duque de Milán. (¿Eh, soy yo erudito?)

Pues bueno; el Sr. de Lascaris dice, sin quitar ni poner:

Tón de protheséon (proceséon no significa la procesión, Sr. Tejado) oktokaideka ousón, ex eisi monosyllaboi, en, eis, ex, syn, pros, pro; duodekaideka de dysil-

laboi ana, kata, dia, meta, para, anti, epí, peri, anfi, apo, hypo, hyper.

Todo esto quiere decir, que de las dieciocho preposiciones (griegas), seis son monosilábicas, á saber: *en, eis, ex, sun* (sin), *pros, pro*, y doce de dos sílabas, ana, kata, dia, meta, para, anti, epi, peri, anfi, apo, upo (hypo), huper (hyper).

Vamos ahora á ver cuáles de estas preposiciones admite el Diccionario que entren en composición de palabras españolas; todas las que estén en este caso es claro que tienen el mismo derecho que *peri* (πέρι) para ser registradas por la Academia en artículo aparte.— Para evitar confusiones, dejo algunas de las preposiciones monosilábicas que son iguales ó muy semejantes á otras latinas. Comienzo por συν (sun, syn; cum, en latín; en español, con).

El Diccionario no habla de sin (que es nuestro sun) no le consagra artículo como á peri.—El *sin* de que trata el Diccionario es el nuestro, el español, que significa *sine* en latín, y es preposición separativa, todo lo contrario de nuestro *syn* griego, que significa *con*. ¿Es que no hay palabras compuestos de *syn* en castellano?

¡Sabe Dios cuántas! El Diccionario, á los pocos renglones de hablar de *syn*, sin acordarse del griego para nada, escribe: Sinagoga (del griego συναγωγη; de συναγω, reunir) y después *sinalefa, sinapismo, síncope, sincretismo, sincrónico...* y aquí es donde por vez pri-

mera se hace cargo de que estas palabras se forman con *sun*, *sin*, συν y dice: de συν con, y χρονοσ tiempo; y después vienen *sindéresis* y *síndico*, y aquí vuelve á decir lo de *sun*, *sin*, συν, con. Detrás aparecen *sinécdoque*, *sinéresis*, *sinfonía*, *sinoco*, *sínodo*, *sinónimo*, etc., ecétera., y el Diccionario repite lo de sin, con (συν) cuando *le da la gana*; y cuando no, se calla y copia la palabra entera griega sin descomponerla. Y todo ello sin criterio fijo; porque no sólo no recuerda el συν=*con* cuando la palabra es doblemente compuesta; aun en aquellas voces en que no hay más que συν (sin) y el simple, se abstiene de descomponer y analizar cuando le parece bien. O haber citado el sin, *con*, por separado una sola vez, la primera que se encontrase, ó ponerlo siempre que el caso fuera igual. Pero no, señor; el Diccionario hace lo que quiere, y se acabó. Algún malicioso podría creer que los académicos se abstenían de analizar el vocablo cuando no sabían si el *sin*, primera sílaba, era ó no era la preposición συν. Pero tampoco debe de ser esto, porque hay varias palabras en que no puede caber duda al más zote de que se trata de la preposición *syn* y las voces son compuestos de *sun* y el simple, y, sin embargo, el Diccionario no las descompone. Nada, nada, que no hay más que lo dicho: arbitrariedades, falta de método, porque son *todos* los que trabajan. (¡Qué han de ser todos!)

Este *sun*, *syn*, *con*, sólo rige en griego dativo (*datiké moné suntasetai*), dice Lascaris (D. Constantino) (porque

hay otro.) Por lo cual la Academia no se embrolla, gracias á la igualdad de significado de la preposición. Ya la veremos en otras.

No sucede lo que con *sun* (*sin*) con *pros*, la cual gueniké, kai datiké, kai aitiatiké syntassetai, es decir, rige, ó se construye con genitivo, dativo y acusativo. Pues ya puede regir todo lo que quiera, porque el Diccionario no le hace caso, y prescinde de ella como si no rigiera nada... ni entrase en composición de palabra alguna admitida. Si entra tal, y el Diccionario le reconoce al decir: «*Prosodia*, de pros, *hacia*, y odé, canto,» y aunque no explícitamente viene á reconocerlo en *prosopopeya* y otras palabras. De modo que, como siempre, omite el artículo correspondiente á esta preposición, porque *le da la gana*. Pero volvamos á la *prosodia* para ver qué modo tiene de señalar la etimología el Diccionario: de *pros*, *hacia*, y *odé*, *canto*. No se ve la tostada ni se ve la prosodia. *Canto* y *hacia*, júntense como se quieran, no dan, ni aproximadamente, la idea de prosodia. Lo de *odé* está bien; *odé* significa *cantus*, *carmen*, canción, poesía, pero *pros* significa muchas más cosas qun *hacia*, y para explicar el significado de prosodia por su etimología hay otros sentidos de pros mucho más adecuados. Y ahora habla Theil, autor á quien citaba el mismo Quintilius, si no recuerdo mal, y que yo cito, porque su gramática tiene la autoridad de ser un extracto de la famosa del ilustre Rafael Kuchner.

Theil dice que, con genitivo, *pros* significa un movi-

miento, una tendencia que tiene su punto de partida delante de un objeto, y añade: «se emplea sobre todo (con genitivo) cuando se trata de determinar la posición de un lugar: oikein pros notou anemon, habitar hacia el Sur: en latín se dice: *ab Oriente ab Occidente habitare.*»

Bueno, éste es el *hacia* de la Academia; pero, ¿qué tiene que ver la prosodia con esto? *Pros* significa también *ante*, á favor de, y una relación *de causa*, *de versión*, de creación, todo esto sin salir del genitivo. Con dativo significa permanencia, reposo ante un objeto ó cerca de él; también significa *atención á una cosa*, *ocuparse de ella*, y, por último, relación de *dependencia*.

Con acusativo, προσ significa el objeto; la dirección, el movimiento hostil ó amistoso hacia un objeto, el tiempo aproximado, la conformidad al *punto de vista*, la *causa*, el *fin propuesto*, etc., etc. ¿No ve claro el señor Quintilius que, entre tantas acepciones apuntadas, la de *hacia* es de las más lejanas de lo que puede significar *pros* en *prosodia*? Me he detenido en esta palabra, como lo haré en diálogo y perigeo y otras, porque prueba la falta de atención con que se ha tratado esta materia de las etimologías en cuanto á la preposición. La Academia coge una preposición griega, y entre los muchos significados que puede tener, toma el primero que encuentra, y lo aplica á diestro y siniestro. ¿Es esto formalidad?

Y basta de pros y vamos á pro.

Pro, dice el Diccionario, del latín pro. De modo que del *pro* griego tampoco se acuerda. ¿Es que no incluye palabras que se compongan con el pro griego? No, señor; es, como siempre, que *no le da la gana* acordarse del tal pro hasta que truene. Es decir, ni siquiera cuando descarga el primer trueno, que es éste (el primero, claro; porque confuso, sordo, hay antes otro). *Problema* del gr. problema, de proballo, lanzar hacia adelante.—Aquí, como se ve, ya era ocasión de estudiar el pro, separado de ballo, pero el Diccionario no quiere. No oye el primer trueno. Viene *Proceleasmático*, y tampoco; como si cantara. El Diccionario no oye. Se necesita que la Academia mire á las estrellas, para que conozca que está tronando. En efecto, llega á *Proción*, *estrella muy notable*, y aquí se hace cargo, y dice: del gr. Prokyon; de pro, *delante*, y kion, *perro*... Después viene *procítico*, de proklino, inclinar hacia adelante, y vuelta á callar. Y así discurriendo, como dice Valera, la Academia, sigue con *pro* el mismo método que con *sun* y con *pros*; el de no seguir ninguno.

¿Por qué, en igualdad de circunstancias, analiza unas palabras compuestas y otras no? ¿Por qué analizar, v. gr., *prólogo* y no *prolepsis*? ¿Por qué dice propileo, v. gr.: *propylaion*, pórtico, vestíbulo; de pro delante y pylé, puerta; y en cambio se calla en *propóleos*, y no suelta más prenda que esta: «Propóleos, m., del latín propólis, del gr. própolis. Betún con que las abejas bañan las colmenas ó vasos antes de empezar á